

La ciudad de Vicente Quirarte

Ana García Bergua



Vicente Quirarte

Hoy regresas sabiendo que a la vuelta de todas las esquinas te amenaza la plata vertiginosa en la navaja, la emboscada traición de la pulmonía, la guerra civil no declarada, el veneno que encierra este circo de montañas. Aquella ciudad de entonces es la misma. Es otro el que ha cambiado. Si tuvieras de nuevo 18 años, volverías a andar tu ciudad hasta el cansancio.

VICENTE QUIRARTE,
“Balada del que vuelve a casa”

Los textos que componen *Fundada en el tiempo. Aires de varios instrumentos por la Ciudad de México*, corresponden en su diversidad a la naturaleza de ese espacio cada vez más monstruoso que a pesar de su continua degradación persiste en convocar nuestra itinerancia y nuestras nostalgias. Cómo hace la elefantiásica Ciudad de México para imantar a sus habitantes de esa manera tan apasionada tiene mucho

de misteriosa fantasmagoría, de amor de siglos, de caminos cruzados y entrañables. El libro de Vicente Quirarte da testimonio de esta pasión de muchas maneras, que van de la poesía al cuento, la crónica literaria y la crónica histórica, de la evocación épica al amor por lo nimio, de Benito Juárez al jaboncito de hotel. Quirarte nos lleva por sus paseos y lecturas y nos hace ver que, en realidad, toda ciudad es una biografía, como nos dice en sus “Epigramas para la desalmada”:

En un principio fui poeta de La Soledad
Más tarde me convertí en poeta de
[Academia.
Después tú ocupaste la punta de mi
[pluma
acaso por tu hermosura superior
a San Juan de Letrán de madrugada

Luis Cernuda en Coyoacán, el viejo Centro, Rubén Bonifaz Nuño, López Velarde, José Emilio Pacheco y Rimbaud acompañan a este *flâneur* que camina por la Ciudad de México acompañado de objetos emblemáticos que adquieren la calidad estimulante de los talismanes: la pluma fuente, la tinta morada, el portafolios, la gabardina y el paraguas, objetos de baudelerianos poemas en prosa o sabrosas crónicas al estilo de Gutiérrez Nájera, si no es que al más reminiscente de Ángel de Campo (*Micrós*). De las meseras de los cafés de chinos, esas que sirven el café y la leche armadas con idénticas cafeteras, escribe: “Como los porteros del pullman, las sacerdotisas del café con leche se quedaron en la época donde nació su oficio”. Ciudad de mitologías, de muchachas que trabajan y regresan derrotadas por el asfalto cada noche, de presencias descono-

cidas paralelas e indispensables, de la lluvia y las jacarandas que, como afirma Quirarte en una frase que me pareció luminosa, florecen contra todo; lugar donde se inventó la torta compuesta (“aderezada, fresca, colorida, china poblana de la gastronomía mexicana”).

La Ciudad de México también conoca a la locura. Los relatos que aparecen en *Fundada en el tiempo* son testimonios tristes: el amigo al que el protagonista rescata temporalmente de sus fantasmas al invitarlo a correr por Chapultepec, la prima apasionada por las colecciones botánicas y zoológicas del antiguo Museo del

Chopo. Los cuentos hablan de la pérdida y las relaciones no ocultas, un poco paralelas, de la huida que es al mismo tiempo búsqueda. Lo mismo hace, a su manera, “El enigma del otro”, que aborda la leyenda del otro Rimbaud, el que terminó sus días como negociante mientras el verdadero, el escritor, viene a México a vivir en Santa María La Ribera y tiene una hija. Este relato un poco policiaco, de tono metafísico, es desde mi punto de vista uno de los textos más intrigantes del libro. En él predomina el historiador, el investigador paciente que entrecruza sus datos con la fantasmagoría de las presencias antiguas,

posibles e imposibles, en nuestra ciudad y de alguna manera las encarna, las trenza con la vivencia de la revelación poética: “Sólo permanece el mar. Si abro los ojos, allí estará una gaviota, la palmera que me cubre con su sombra. Pero nada de eso perdura. Si pudiéramos permanecer siempre así, en una metáfora, acaso la poesía no tendría razón de ser o sería patrimonio de todos. Menos versos y más poesía, una poesía por delante de la acción. ¿No es lo que anhelaba el propio Rimbaud?”.

Lo mismo ocurre en “Hondamente anclado en el corazón de la vida”, el texto que recorre los lugares de Ramón López Velarde en la capital y su deseo malogrado de morir en ella, en el que Quirarte construye un pastiche de voces probables, incluso una carta de José Juan Tablada al poeta zacatecano, o con el periplo del presidente Juárez en la ciudad.

Un personaje que aparece en varios de los textos presentes en el libro es Peter Parker, el enigmático Hombre Araña, el último de los románticos, nos dice Quirarte, de pie en la azotea de un edificio con la ciudad de Nueva York a sus pies. Después de combatir diariamente por causas perdidas, señala el autor, no estorba “aventar el portafolios, desanudar la corbata y vestir el traje del héroe, tan ceñido, que es la forma perfecta de la desnudez; ascender a la azotea de un vetusto edificio de nuestra ciudad antigua para recordar cómo éramos cuando éramos el Hombre Araña, cuando queríamos a todas las mujeres y no teníamos ninguna, cuando la ciudad nos habitaba y todo estaba en nuestra contra y todo nos esperaba sin saberlo”.

Un poco así, vestido de Hombre Araña, Vicente Quirarte recorre su ciudad para que ella habite también al lector. Una ciudad de México que es, ante todo, la ciudad de los poetas y las almas subterráneas. Hijo del historiador Martín Quirarte, descendiente de una familia con arraigo en el Centro, la Ciudad de México corre por sus venas. Su estirpe sabe reconocer las vías subterráneas que conectan el ahora y el ayer, los pasos de todos los que la recorreremos siempre con sed, sabiendo que algo triste y magnífico palpita siempre entre sus piedras. Muchas gracias, Vicente, por tu libro. **u**

